

LA VIENA DE FREUD

CLASE INTERDEPARTAMENTAL

PRÓLOGO

La Viena de Freud

Prof. Silvia Di Segni Obiols
Departamento de Filosofía y Psicología
CNBA

Con este título a todas luces discutible como lo dejó claramente expresado el Prof. Pablo Erramouspe, hemos dado comienzo a una serie de clases destinadas a los estudiantes de quinto año que hemos definido como interdepartamentales. La idea surgió de nuestro departamento, el de Filosofía y Psicología, como un intento de mostrar a los alumnos egresantes de nuestra institución que el conocimiento se compartimenta a los fines didácticos pero en la realidad muestra ricas interrelaciones que pueden perderse de vista cuando se acentúa el enfoque meramente disciplinar. Tratar un mismo tema desde la perspectiva de diferentes disciplinas permite mostrar esa riqueza, poner de manifiesto las intersecciones entre diferentes modos de observar y pensar la realidad y, también, realizar síntesis novedosas y creativas.

¿Por qué "La Viena de Freud"? Quizás, simplemente, porque nos interesaba especialmente a quienes dictamos Psicología como marco de nuestras clases de Psicoanálisis, pero también porque la ciudad de Viena a fines del siglo XIX logró hacerse eco de pensadores y artistas que mostraron una gran creatividad y tuvieron fuerte influencia fuera de sus límites geográficos.

Los estudiantes han evaluado la experiencia, mostrando algunas de sus debilidades derivadas de la dificultad de destinar el tiempo necesario a la preparación en profundidad de las clases y, en algunos casos, de la falta de tiempo para que los profesores pudieran extenderse más en sus temas durante éstas, lo que muestra el interés despertado. También resaltaron su valor en cuanto a poder acceder a una experiencia novedosa que les propone nuevos interrogantes y les muestra otro camino.

Para los docentes ha sido una experiencia que todos, sin excepción, han calificado positivamente de trabajo común, de intercambio de información, de nueva perspectiva didáctica. Esperamos poder colaborar con otros departamentos en la continuidad de esta iniciativa.

Esta tarea es el fruto del trabajo de muchas personas que intervinieron o apoyaron la iniciativa. Por eso queremos agradecer, en primer término, al Señor Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, Prof. Dr. Horacio Sanguinetti por su apoyo. Al momento de la publicación de estos trabajos nuestro colegio ha sufrido la pérdida de quien fuera Vicerrectora del Turno Mañana y Directora del Instituto de Investigaciones en Humanidades "Dr. Gerardo H. Pagés", Prof. Edith López Del Carril a quien le debemos un particular agradecimiento por el entusiasta interés y esfuerzo dedicado a este proyecto. También agradecemos al Sr. Vicerrector del Turno Tarde, Prof. Arnoldo Siperman quien aportó sus profundos conocimientos y su gran claridad didáctica al desarrollo de una de estas clases; a la Sra. Vicerrectora del Turno Vespertino, Prof. Rosa del Águila por su gran generosidad para allanar todas las dificultades para el desarrollo de la misma; al Departamento de Extensión Cultural por su apoyo técnico; a los Sres. Jefes de Departamento que participaron directamente de la experiencia como la Prof. Inés Núñez e indirectamente permitiendo que se ocuparan sus horas de clase para éstas; a los profesores que intervinieron en las clases: Ana María Bergallo (cuya clase estuvo basada esencialmente en la audición de piezas musicales por lo que no pudo ser transcripta fielmente aquí), Marcelo Birman, Carlos Blanco, María Luisa Castillo, María Elena Colombo, Pablo Erramouspe, José María Estrada, Virginia González Gass, Osvaldo Kornblihtt, Gonzalo López Vázquez, Patricia Lorenzen, Sylvia Nogueira, Ana Pigretti. Todos brindaron su tiempo con enorme generosidad no sólo para participar de las clases sino también para preparar un tema que en la amplia mayoría de los casos estaba fuera de sus programas habituales por lo que les demandó tiempo de estudio y preparación de sus participaciones con un resultado excelente. Finalmente, pero no menos importante, a los estudiantes que participaron con interés de la experiencia y nos hicieron llegar sus evaluaciones sobre ésta.

La Música I

Prof. Marcelo Birman
Departamento de Música
CNBA

Desde el s. XVIII, Viena fue clave en el desarrollo del arte musical europeo. Ilustres de la talla de Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert, Brahms y Wolf marcaron el rumbo del Clasicismo al Romanticismo tardío de fines del siglo XIX.

La capital imperial de la primera preguerra encuentra a Francisco José coronando a su nueva emperatriz: el vals, fervor popular, que culminará en el famoso Danubio azul acompañando una época de contradicciones que, en pocos años, se desintegrará al compás de tres tiempos en un hervidero de nuevas ideas artísticas y musicales.

La sociedad de la época de oro del vals de los Strauss intuía el desequilibrio de su generación. Desequilibrio que algunos vieneses supieron interpretar.

Freud entendió que sus frustraciones eran, en parte, producto de la nueva epidemia: el siglo XX.

En el campo de la música fue Gustav Mahler quien supo cabalgar el cambio de centuria, convirtiéndose en el cantor del adiós de una era, el fin del Romanticismo. En él coexisten el más profundo pesimismo y un anhelo por disfrutar los placeres de la vida, contradicciones que reflejan una angustia existencial compleja y que incluso lo llevaron a conocer a Freud para poder superarlas.

En su obra La canción de la tierra, Mahler describe esa dualidad que le permite caracterizar la naturaleza, su colorido, su perfume y a la vez sentenciar: "la vida es oscura, es muerte". Aunque no vivió lo más oscuro del cataclismo que se aproximaba, sufrió los embates de una campaña antisemita, a pesar de su obligada "conversión" al catolicismo para mantener su puesto frente a la Ópera de Viena.

Mahler era judío, como Freud y la mayoría de los compositores vieneses que lo siguieron y produjeron la nueva revolución musical. Es importante tener en cuenta esta condición al valorar la reacción que estas nuevas ideas provocaron.

Fue Arnold Schoenberg, discípulo de Mahler, quien encabezó junto a un alumno suyo, Alban Berg, la ruptura con la tradición clásico-romántica, marcando el comienzo de la música del siglo XX.

Los integrantes de la nueva Escuela de Viena comparten la estética del expresionismo, término acuñado primero en la pintura que, si bien no se materializó en un movimiento homogéneo, comparte algunos rasgos comunes con el teatro y la música.

Inspirado en el naturalismo, el expresionismo busca la creación de un nuevo lenguaje opuesto a la estructura y el orden establecidos. Constituye una rebelión contra el poder y refleja la angustia y desesperación del hombre frente a la mecanización e industrialización.

Desde su estética postromántica, Mahler supo anticipar esta visión en algunas de sus páginas, en donde su lirismo se deforma hacia la alucinación y lo grotesco.

La corriente expresionista marca una superación y liberación de los sentimientos del artista desde el "yo", expresando los interrogantes existenciales del individuo y de la sociedad.

Lo subjetivo del expresionismo deriva del Romanticismo pero difiere de éste en el tipo de experiencia interna que refleja y en los medios que emplea para hacerlo.

El fenómeno esencial es el hombre, tal como lo describe la psicología freudiana: aislado, preso de conflictos, ansiedades, temores, impulsos.

En cuanto a los medios, el nuevo lenguaje rompe con las formas y recursos tradicionales. Schoenberg abandona el sistema tonal, base de la música occidental durante cinco siglos, explorando el atonalismo y, luego de un silencio y búsqueda de diez años, el dodecafonismo.

Ya superado el convencionalismo moralizante, la temática expresionista busca su estética en el rechazo de la belleza tradicional, en lo onírico y la muerte, poniendo de manifiesto la íntima fealdad de "lo bello".

Wozzeck, ópera de Alban Berg, cumbre del expresionismo musical, refleja la angustia del soldado, víctima de su ambiente, despreciado, traicionado en el amor e impulsado finalmente al asesinato y al suicidio.

Esta angustia es expresada en una declamación alucinante, mezcla ambigua de canto y recitado, próxima al grito.

Las nuevas teorías de la comprensión del sujeto, que descubren en el inconsciente la realidad psíquica, se apoderan de la plástica, el teatro y la música, incluyendo la idea de deseo, de pulsión, en un mundo interior de relaciones estéticas que marcarán el punto inicial del arte del siglo XX.

En la superficie, el mundo real cambia vertiginosamente. A finales de los treinta, Viena ha dejado de ser la capital de los salones de baile. Los fundadores de la nueva música se encuentran en el exilio. Freud, a los 72 años, se despide de su ciudad.

Viena será testigo de una escalada hacia el horror nunca antes visto.

El Psicoanálisis I

Lic. María Luisa Castillo
Departamento de Filosofía y Psicología
CNBA

Sigmund Freud (1856-1938) fue médico neurólogo, especialista en neuroanatomía y en fisiología, gran lector de los clásicos griegos y latinos, de la literatura de su propia lengua, la alemana, así como de la inglesa, francesa, italiana y española y un gran conocedor de las artes plásticas. En 1885, obtuvo una beca para estudiar en Francia, donde conoció a Jean Martin Charcot, médico que utilizaba la técnica de la hipnosis para el tratamiento de sus enfermos nerviosos. Esta experiencia fue un punto de viraje en su carrera, ya que al arribar a París el tema que tenía escogido era la anatomía del sistema nervioso y al abandonar esa ciudad, su interés se había volcado a la histeria y el hipnotismo. De este modo, se encaminaba hacia la psicopatología.

De regreso en Viena, recordaba lo que solía decir Charcot: la anatomía había consumado su obra y la doctrina de las afecciones orgánicas del sistema nervioso, está por así decir, acabada. Ahora le toca el turno a las neurosis” Entre ellas le daba preferencia a la histeria en la cual cualquier combinación arbitraria de síntomas podía presentarse atribuyéndole un valor de simulación: no hay causa orgánica, no obstante el brazo está paralizado. Es la neurosis el tema que interpela Freud y, de ella, el síntoma histérico. Es la irrupción de algo que no funciona en el organismo: miembros ojos, habla. La medicina de 1900 observaba la enfermedad; Freud abandona la observación para prestarle el oído al relato de un paciente que padece. De esta escucha, construye su teoría: el psicoanálisis. Esta práctica crea un dispositivo y se realiza en un consultorio donde el paciente habla y el analista escucha. En ese dispositivo estará presente la transferencia, saber que se le atribuye al analista, ¿de qué saber se trata?. Ese saber es sobre el deseo, que para Freud, se instituye en el motor de la vida psíquica de un sujeto. El deseo nace apuntalado en la necesidad, puesto que es el hambre el que una vez satisfecho da lugar, mediante la succión en el bebé, a la obtención del placer. El registro de esta experiencia, quedará como huella mnémica alojada en el inconsciente.

Podemos resaltar cuatro conceptos básicos dentro de la teoría psicoanalítica: el inconsciente, la sexualidad, el complejo de Edipo, la pulsión de vida, la pulsión de muerte. En 1900, Freud escribe uno de sus textos más difundidos, La interpretación de los sueños, y allí construye un modelo del aparato psíquico humano, la primera tópica. Este esquema propone un psiquismo dividido en tres sistemas:

A) Sistema Inconsciente, en el que se alojan las representaciones (cosa que remite a otra) en estado latente. Para Freud, el Inconsciente gobierna la vida de los seres humanos. Estos contenidos están reprimidos y no se accede a ellos con la voluntad consciente.

B) Sistema Preconsciente, en el que se encuentra la representación palabra. Es de fácil acceso al consciente: es aquello que tengo en la punta de la lengua

C) Sistema Consciente. Son los contenidos de los que puedo dar cuenta y que se manifiestan.

Las bases teóricas de la sexualidad fueron desarrolladas por Freud básicamente en Tres ensayos de teoría sexual (1905). De ese trabajo es extraído el material para la Conferencia 20: “La vida sexual de los seres humanos”, que forma parte de Conferencias de Introducción al psicoanálisis (parte I y II 1915/1916, parte III, 1916/1917). Allí se parte de lo que se entendía como sexualidad en ese

momento histórico: en general, no carecemos de orientación acerca de lo que los hombres llaman sexual. Para todas las necesidades prácticas de la vida cotidiana, bastará algo que combine las referencias a la oposición entre los sexos, a la ganancia de placer, a la función de la reproducción y al carácter de lo indecoroso que ha de mantenerse en secreto. Freud piensa allí la sexualidad humana en relación con el modo singular que cada sujeto tiene de obtener placer. También plantea un proceso a realizar que comienza en la infancia y en él propone la existencia de una sexualidad infantil a la que caracteriza como autoerótica. Las partes del cuerpo del niño devienen en zonas erógenas que, al ser estimuladas, producen placer. Otro momento de este proceso se da cuando el objeto de amor se ubica en la estructura parental - sexualidad endogámica - y tiene lugar el complejo de Edipo. En la pubertad, cuando en el Sujeto adviene la pulsión genital, el sujeto dispone de capacidad biológica para la reproducción, en este momento el objeto de amor está en el mundo fuera de la familia. Concepto fuerte en la teoría psicoanalítica es el complejo de Edipo, una estructura universal por la que cada sujeto realiza un pasaje singular. Aquí el amor está dirigido hacia el progenitor del sexo opuesto y la hostilidad hacia el del mismo sexo, hay ambivalencia que se manifiesta en un sentimiento y se reprime en otro. Es en este momento donde se produce una identificación (tomar algo del otro para sí), que determina la posición masculina o femenina, permaneciendo latente en el inconsciente hasta manifestarse en la pubertad.

En 1920 Freud escribe Más allá del principio del placer donde explica, tomando como ejemplo a las neurosis traumáticas, que en lo psíquico hay una acción compulsiva a la repetición. En ellas el sujeto sueña repetidamente con la situación traumática proporcionándonos estos sueños una perspectiva de funcionamiento del aparato psíquico que, sin contradecir el principio del placer, es independiente de este y parece más originario que el propósito de ganar placer y evitar el displacer. Esto le lleva Freud a reconocer dos clases de pulsiones - instintos: los que pretenden conducir la vida a la muerte y los que constantemente aspiran a la renovación de la vida y la realizan. Así se plantea la existencia de Eros, pulsión de vida, y Tánatos, pulsión de muerte. Cabe destacar que para el psicoanálisis la vida psíquica tiene como motor al deseo. Esta energía se encuentra reprimida en el inconsciente.

En ese momento de la sociedad disciplinaria es el cuerpo de la mujer el que interpela al organismo, esa organización funcional con la que trabaja la medicina de 1900. ¿Podemos hoy en el siglo XXI hablar del mismo cuerpo? Convoco aquí a Pablo Rodríguez quien acerca de la comunicación y la cultura dice: hoy el cuerpo adquiere una rara transparencia. Desde los celulares adheridos a los cuerpos hasta los genes cuya manipulación inventa cuerpos, se extiende todo un campo con el que la disciplina, orfebre de cuerpos opacos no puede confluir.

Se hablan otros códigos, se ejercen otras fuerzas, se imaginan físicas y químicas distintas, sin materia ni energía...

Para finalizar una pregunta ¿cómo pensar una ética hoy cuando la sociedad disciplinaria a devenido sociedad de control?

El psicoanálisis II

Lic. María Elena Colombo
Departamento de Filosofía y Psicología
CNBA

Me interesa iniciar mi intervención haciendo un comentario sobre el nombre del encuentro: la Viena de Freud. En realidad, lo cierto es que para Freud Viena no fue conquistada por él. Más bien podríamos decir que Viena se resistió a Freud o Viena fue hostil a Freud.

Y esto fue así por varios motivos. Algunos ligados al ámbito de su práctica profesional. Freud era un seguidor, a fines del siglo XIX, de los trabajos de un psiquiatra francés llamado Charcot, incluso había traducido sus obras que se referían a investigaciones sobre la histeria femenina y masculina. Este hecho no fue bien visto por la comunidad académica vienesa y lo marginó al punto que Freud sólo encontró buena recepción de sus trabajos en el ámbito de la comunidad judía. Esta le brindó la posibilidad de presentar sus libros, como por ejemplo "La interpretación de los sueños".

Los rechazos no sólo vinieron de la comunidad académica, sino también de la prensa y en general de la población que gustaba burlarse y ridiculizar el descubrimiento freudiano al punto de aparecer caricaturas y notas burlonas en los diarios y revistas de la época.

También Viena fue hostil a Freud por su origen. No era Viena un espacio histórico-geográfico favorable a la integración de la comunidad judía. Por el contrario, puede decirse que fue un territorio de persecución y discriminación que culminó en la época de Hitler con la migración y en su defecto el exterminio de la población judía. El sentimiento antisemita va a hacer que definitivamente tenga Freud que aceptar irse de Viena en 1938 cuando ya su propia vida y la de sus familiares corría peligro.

El hecho de pertenecer a la comunidad judía, según cuenta Freud, le permitió llevar adelante una empresa tan compleja como fue fundar el Psicoanálisis. Y esto fue así por dos cualidades que él mismo reconoce que recibió de su comunidad. La primera corresponde a sentirse libre de prejuicios en la práctica intelectual. Y la segunda, sentirse más familiarizado con el hecho de estar en el lugar de las minorías y la oposición. Ambas cualidades fueron un legado que Freud reconoce haber recibido de sus mayores y que realmente utilizó en su vida para enfrentar las adversidades.

Ahora corresponde entender por qué tanta dificultad de asimilación de sus ideas y por qué tanto rechazo. Para comprender su descubrimiento tenemos que entender cómo se concebía lo psíquico a fines del siglo XIX. Básicamente, se consideraba el mundo psíquico como funcionamiento de la conciencia. Se estudiaban sus facultades como la percepción, memoria, lenguaje. El saber médico recién comenzaba a querer comprender los trastornos de la vida anímica pero aún estaba dominada por una concepción biológica de lo mental, por lo que los trastornos del psiquismo van a recibir explicaciones de fallas en el funcionamiento de la máquina corporal.

Al mismo tiempo que esto ocurre, algunos psiquiatras van a comenzar a investigar, más libres de prejuicios, ciertas afecciones anímicas a las que Freud va a prestar especial atención.

Realiza un viaje a París en 1886 para estudiar con el Dr. Charcot sus investigaciones sobre la histeria. Lo que descubre lo deja profundamente alterado.

¿Qué hacía Charcot en su laboratorio? Este logró inducir síntomas histéricos en sus pacientes en estado hipnótico. Y lo interesante era que los pacientes no recordaban nada al salir del estado de hipnosis. Algo parecido descubrió la Escuela de Nancy. Los psiquiatras de esta escuela trabajaban en la investigación de órdenes poshipnóticas. Le daban al paciente una orden (abrir una puerta, por ejemplo) en estado hipnótico para que la realizara a una determinada hora, y le advertían que no recordaría nada de lo sucedido. El paciente, cuando salía de su estado y llegaba el momento correspondiente, ejecutaba la orden y no recordaba nada sobre quién le había dado la misma.

Freud razona: las órdenes no fueron recordadas, sin embargo, fueron eficientes. Produjeron efectos en la conciencia. Acciones. Síntomas. Esta actividad quedó guardada en la memoria pero no en estado consciente. Quiere decir que puede haber actividad psíquica inconsciente que a pesar de ello produzca efectos en la conciencia.

Estos razonamientos los va a vincular con los trabajos clínicos que viene haciendo junto a su amigo, el Dr. Breuer, en Viena. En el caso clínico que está atendiendo, la paciente tiene síntomas que afectan el funcionamiento corporal y que, sin embargo, no tiene comprometida ninguna disfunción orgánica. Cuando se le pregunta cuándo comenzaron los padecimientos, la paciente narra historias

que llegan a permitirle recordar hechos dolorosos y su reminiscencia acompañada de profundos afectos le permite aliviar y aun hacer desaparecer los síntomas.

Aquí Freud ve una analogía con las investigaciones psiquiátricas de Francia. Puede ser que haya contenidos psíquicos que el paciente no quiera recordar por algún motivo conflictivo y realice un esfuerzo de desalojo para evitar que estos contenidos accedan a la conciencia. Sin embargo, ellos producen efectos a través de sus síntomas.

Pero la labor freudiana encuentra algo más. Esos recuerdos dolorosos, sufrientes, que relatan sus pacientes, tienen contenidos sexuales. Una sexualidad que se oculta. Deseos infantiles que se encubren a la conciencia. Así Freud se enfrenta a lo que no quiso ver su época. La sexualidad infantil. También se enfrenta a la concepción médica acerca de la sexualidad.

La sexualidad para el Psicoanálisis no va a corresponderse con el concepto de reproducción y, por lo tanto, no va a corresponderse con el concepto de genitalidad. La sexualidad humana busca el placer y en tanto buscadora de placer se retrotrae al comienzo de la vida, a partir del contacto con el semejante se origina una acción de chupeteo no alimenticio que buscará ser repetida como proveedora de placer. De este modo, Freud podrá ir enhebrando experiencias humanas que a los ojos de la conciencia cotidiana y popular parecen irreconciliables: la homosexualidad, la perversión, la sexualidad infantil y la sexualidad genital.

La eficacia de los contenidos psíquicos inconscientes se articula ahora con su descubrimiento acerca de la sexualidad infantil. Freud encuentra una nueva forma de leer las expresiones del cuerpo. No ya por la vía de la concepción médica sino que ahora puede hacer una lectura por las dimensiones simbólicas del cuerpo, entendido como un cuerpo investido de significaciones psíquicas.

La filosofía I

Prof. Pablo Erramouspe
Departamento de Filosofía y Psicología
CNBA

Para ser breve se me ocurrió bosquejar una reseña. El libro al que se refiere no existe. Su título es Filosofía de la Viena de Freud. Este título presenta una deliberada ambigüedad. Se refiere al pensamiento filosófico en Viena durante el período en el que allí vivió Freud. Ofrece un panorama rapsódico de temas y problemas, escuelas y autores relevantes en ese momento. Pero también, y fundamentalmente, ensaya una reflexión crítica sobre el sentido de ocuparse de la Viena de Freud y sobre el significado de la expresión "la Viena de Freud".

Tal vez comenzar por esa reflexión y tomar sólo un problema del panorama mencionado confiera una básica unidad a la exposición.

Algunas preguntas, algunas respuestas posibles y algunas sugerencias ofrecen una especie de modelo para armar o, acaso, desarmar.

Algunas preguntas posibles:

¿Por qué nos ocupamos de la Viena de Freud?

¿Qué sentido tiene ocuparse de la Viena de Freud? O bien: ¿Para qué sirve ocuparse de la Viena de Freud?

¿A quiénes se refiere nosotros?

¿Qué significa o qué quiere decir "la Viena de Freud"?

¿Sabía Freud que vivía en la Viena de Freud?

¿Sabía la Viena de Freud que era la Viena de Freud?

Respectivamente, algunas respuestas posibles:

a. 1. Porque es una manera de entrar en un contacto significativo con una cultura que ha tenido y mantiene incidencias relevantes en la nuestra.

2. Porque nuestra mentalidad se encuentra aún colonizada por la visión del mundo de la burguesía europea.

3. Porque sí, porque nos resulta placentero ocuparnos de un mundo que despierta nuestra curiosidad y nuestro interés.

b. 1. Enriquece nuestra cultura general. Afianza nuestra creencia de ser europeos desterrados. O

bien: para sentirnos más europeos y, lo que nos parece implicado en ello, más cultos. Nos permite sentir nuestra libertad en una elección arbitraria y hedónica. O bien: para seguir nuestra curiosidad o sentir placer.

Carece de sentido. O bien: No sirve para nada.

c. Nosotros somos profesores en un colegio preuniversitario de un país periférico.

d. La expresión "la Viena de Freud" se refiere, obviamente, a la cultura en Viena durante la época en que vivió Freud. Un personaje de un conocido cuento de Borges dice que no hay que buscarle cinco patas al gato. Otro personaje observa que la realidad no tiene la obligación de ser interesante, pero sí nuestras hipótesis sobre la realidad. Entonces podemos conjeturar que

e. y f. Freud no sabía que vivía en la Viena de Freud ni la Viena de Freud sabía que era "la Viena de Freud", de modo similar al que los antiguos griegos ignoraban que eran los antiguos griegos.

La Viena de Freud no era la "la Viena de Freud". Lo fue después. Lo es ahora. Además, la Viena de Freud es también la Viena de Wittgenstein, la de Krauss, la del Círculo de Viena, la de Popper, la de Rilke, la de Kelsen, la de los Strauss, la de Schönberg, la de Klimt, la de Mahler.

Otra respuesta posible a cuál es el sentido de ocuparse de la Viena de Freud es que Viena presencia en esa época desarrollos relevantes en el estudio del lenguaje, que constituye, utilizando la expresión de Ortega, lo que podemos llamar "el tema de nuestro tiempo".

Que esos desarrollos aún tienen vigencia lo comienza a indicar la necesidad de señalar algunas observaciones críticas referidas a lo que afirmé en mi oración anterior.

Por ejemplo, que Viena no presencia nada. Viena es un conjunto de muros, pórticos y esculturas que ignoran que son viviendas o universidades o museos que son parte de una ciudad que se llama Viena. Es decir que "Viena" no existe, no es más que el nombre contingente (pudo haberse llamado de otro modo), que le damos a un determinado conjunto de construcciones que para nosotros constituyen una ciudad. Digo esto para resaltar la frecuencia de la dimensión metafórica de nuestro lenguaje. El nombre propio es interpretado aquí como una metáfora que personifica y acaso pone al descubierto remanencias animistas en nuestro pensamiento.

Por otra parte no hay un solo tema de nuestro tiempo, ni siquiera podemos afirmar con precisión que haya algo tal como "nuestro tiempo".

Este análisis, que pone de manifiesto las confusiones a las que nos puede llevar el uso de nuestro lenguaje cotidiano, proviene precisamente del modo analítico de tratar una cuestión, propio de la filosofía de la Viena de Freud. He utilizado una manera de hacer filosofía que parcialmente comienza allí con el Círculo de Viena, uno de cuyos más célebres integrantes, Rudolf Carnap, sostenía con respecto a la filosofía algo curiosamente similar a lo que Mallarmé decía de la literatura, a saber, que se hace con palabras. Que si lo que dicen esas palabras tiene referencia empírica y existe un método para verificarlo entonces lo que dicen tiene sentido. De lo contrario son sinsentidos.

Este análisis es lo que vengo haciendo desde el comienzo, desde esas preguntas en apariencia bizantinas, sofisticadas o lúdicas acerca de si Freud sabía que vivía en la Viena de Freud, etcétera.

El Círculo de Viena es una de las escuelas más representativas de la filosofía neopositivista. Se inspira en gran medida en la primera obra del filósofo Ludwig Wittgenstein, que tuvo contacto con el Círculo, pero que se negó a formar parte del mismo. Esa obra de Wittgenstein postulaba una isomorfía entre el lenguaje de la lógica proposicional y la realidad. El mundo es lo que acontece y lo que acontece son hechos atómicos formulables como proposiciones atómicas. Si una proposición no remite a un hecho carece de sentido, no significa nada. El pensamiento ulterior de Wittgenstein cambia esa concepción "pictórica" del lenguaje por otra que se ha llamado "antropológica" o "cultural", en la cual el uso del lenguaje desplaza la centralidad de la referencia. Existen diversos usos que dan lugar a diversos "juegos" de lenguaje. Éstos conllevan sentidos o significados vinculados con formas de vida diversas. Varían según las personas que interactúan y las situaciones en las que lo hacen. No es legítimo reducirlos a un sólo juego, que es lo que frecuentemente se pretende cuando se considera al uso referencial o científico como el único juego válido.

Intento, desde las preguntas iniciales, aplicar parcialmente estos contenidos que acabo de explicar someramente. Las observaciones críticas acerca de la afirmación de que "Viena presencia desarrollos relevantes en el estudio del lenguaje", que utilizando la expresión de Ortega podemos llamar "el tema de nuestro tiempo", incurrir en una confusión de juegos de lenguaje. Nombres como "Viena" no son sólo nombres propios. La expresión "nuestro tiempo" es vaga pero comprensible.

Cuando juego de modo tal que puedo llamar la atención sobre un juego de lenguaje introduciendo deliberadamente las reglas de otro estoy, por decirlo así, en un juego metalingüístico.

Destaco, explícita o implícitamente, que estamos ante palabras, ante signos de los que no hay por qué suponer que signifiquen tal o cual cosa o tengan tal o cual referencia. No son meras palabras ni sólo mediación o isomorfía con la realidad. Articulan, de diversas maneras, mediante diversos juegos, nuestra experiencia y el modo de nuestra comunicación y nuestra relación con los demás en diversas formas de vida.

Esto implica que ese modo analítico, el de la Viena de Freud, se encuentra presente aquí y ahora, en la Buenos Aires de vaya a saber quién. Y que no sólo tiene sentido estudiar esa configuración tan peculiar que podemos llamar la Viena de Freud o la Viena de Wittgenstein, sino que consiste, parcialmente, en el estudio del sentido mismo, no sólo del lenguaje que usamos sino también de nuestra manera de vivir.

La época I

Prof. José María Estrada Ábalos
Departamento de Historia
CNBA

Sigmund Freud residió en Viena casi toda su vida: desde los cuatro años (1860) hasta 1938. En 1897 elaboró un proyecto de diagrama del funcionamiento del cerebro que, al temer se lo tomara por poco serio, no presentó. Sí publicó la Interpretación de los sueños, con el fin del siglo; y en 1905, Tres ensayos sobre la sexualidad.

Dentro de lo posible, resulta conveniente encontrar textos coetáneos del período a comprender: nos permitirán una muy especial aproximación a la percepción que de él tenían quienes lo vivieron. Ni notas tipográficas ni colofón certifican la fecha del volumen 23 de una enciclopedia de la época; pero su último dato histórico acerca de Venezuela es: "gobernó Crespo hasta 1897". Estamos, pues, en fecha adecuada para aproximarnos a aquella Viena.

Futuro famoso escritor cumplía entonces 16 años, judío austríaco, como Freud, como él procedente de la actual República Checa; lo trató y –exiliados ambos– ante su tumba en Londres lo despidió el 26 de setiembre de 1939. Inapreciable testimonio de su Viena –iy de aquel mundo de ayer!– nos ha dejado Stefan Zweig en su autobiografía.

Viena era la cabeza del Imperio austro-húngaro, de los Habsburgo, una de las seis grandes potencias europeas de la Paz Armada, con 625.000 km² de extensión y 40 millones de habitantes; 750.000 de los cuales, en su radio céntrico de 72 km², más casi medio millón en los alrededores; Viena era cuarta en población y segunda en extensión, entre las capitales europeas.

Su temperatura media oscilaba entre los -2° C en invierno y 20° C en verano. Soportaba ciento once días de lluvia y treinta y tres de nieve por año. Podemos imaginar cuánto habrán padecido muchos vieneses faltos de carbón, por el bloqueo anglo-francés durante la Gran Guerra del 14 al 18.

Situada sobre el antiguo límite del Imperio romano, regía un imperio plurinacional en el que además de las propias Austria y Hungría entraban la actual República Checa, Eslovaquia, la Galitzia polaca, la Transilvania (que al ser rumana desmiente hoy su nombre), Croacia, Eslovenia, Bosnia, la Venecia Julia y la Tridentina; es decir: germanos, magiares, eslavos del norte y del sur del Danubio, latinos orientales y occidentales, amén de los ya mencionados judíos. Constituía un formidable centro de comunicación y de comercio.

Cerca de 100.000 operarios trabajaban en sus 1200 fábricas, realizando especialmente objetos de lujo y de moda en esta París de Oriente.

La antigua muralla interior ya había sido derribada en 1858, y en su lugar los tramos que se apoyaban en el canal al sur del Danubio, habían dado paso a la Ringstrasse, de 47 m de ancho por casi cuatro km de longitud, en un semicírculo alargado.

Universidad, con 130 profesores, 2500 estudiantes y otros tantos alumnos libres; la Facultad de Medicina y Cirugía, creadora de una Escuela incomparable en Europa durante las décadas de 1880 y

1890. Muchos museos y bibliotecas: la Biblioteca Imperial poseía más de 400.000 volúmenes, 20.000 manuscritos y 6500 incunables, o impresos anteriores a 1501, destacándose el Salterio (colección de salmos) Schoeffer-Fust de 1457, así llamado por los nombres del mejor operario de Gutenberg (técnicamente superior al maestro) y del socio capitalista, quien habiéndose apoderado judicialmente de la imprenta, la explotó con aquél.

"Aquí –proclama Zweig– brilló sobre el mundo la constelación de los siete astros inmortales de la música: Gluck, Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert, Brahms y Johann Strauss"... Y el constante libretista de Richard Strauss: Hugo von Hofmannsthal. Freud resumía la Viena de 1900 en: "Honor, poder, salud, fama y el amor de las mujeres: éstos son los fines de la vida".

Ni el "caso Dreyfus" de Francia, ni El estado judío, del húngaro Teodor Herzl (origen del sionismo), conmovían a Viena, donde, contra la voluntad del emperador Francisco José y con demagogia antisemita, vencía en las elecciones municipales el social cristiano Karl Lueger... Un antisemitismo bastante diferente de lo que hoy evoca tal palabra; con conocimiento de causa precisó Zweig: "aun en las arengas más violentas –o las que en aquellos tiempos se consideraban tales– no faltó nunca a la corrección, y refrenaba cuidadosamente a su Streicher, un tal Schneider, mecánico de profesión, que operaba con leyendas de asesinatos rituales y vulgaridades por el estilo. [...] su administración de la ciudad se mantuvo inobjetablemente equitativa y aún ejemplarmente democrática". Ganó todas las elecciones y murió, amado burgomaestre, en 1910.

Fue sí alterada Viena, por el acentuado conflicto de las nacionalidades. En 1897, el canciller conde Badeni pretendía satisfacer a los checos, decretando su lengua oficial en Bohemia y Moravia: ello eliminaría prácticamente a los orgullosos "austroalemanes" –por no querer aprender checo- de todo cargo público en dichos territorios. Ocupada la Ringstrasse por los exaltados nacionalistas, Badeni renunció en noviembre. En Praga ocurría parecido con sentido inverso, añadiéndose toda la obstrucción legal posible. El gobierno imperial debió recurrir al artículo 14 de la Constitución de 1867: "estado de emergencia", casi sin interrupción hasta 1914.

Entonces sobrevino la Guerra. Popular al principio y hasta la primavera de 1917: convencidos en Occidente de combatir "en la última de las guerras", pues ya no habría más, al ser vencidos estados autoritarios como los Imperios Centrales. ¿Y en éstos? Freud mismo escribió en julio de 1914: "por primera vez en treinta años me siento austríaco y deseo dar otra oportunidad a este imperio no muy esperanzado".

Que antes de concluir la guerra ya se desmembraba: en octubre del 18, unos tras otros se independizaron checos, húngaros, croatas y eslovenos. La República de Austria, reducida a la sexta parte de la anterior monarquía dual, contaría menos de siete millones de habitantes germánicos, con un tercio concentrado en la misma capital, verdadera cabeza de Goliat en magro cuerpo; excéntrica ahora en el borde oriental de un territorio, políticamente separada de aquellos en función de los cuales se había ido construyendo. Por otra parte, en su poco wilsoniano artículo 80, el Tratado de Versalles prohibía que Alemania incorporara Austria; aun cuando ambos pueblos lo desearan. Francia, temerosa, imponía no compensar las otras pérdidas territoriales de aquella; pues Polonia nunca podría suplir a Rusia en la frontera este de Alemania.

Difícil perspectiva económica y social: deudas y reparaciones de guerra, hundimiento del sistema monetario, nuevas barreras aduaneras, millones de "austroalemanes" convertidos en minorías de otros estados. El área rural daba el gobierno de Austria al Partido Socialcristiano, clerical y hasta dirigido por sacerdotes católicos (Seipel, Schuschnigg), tan afín al fascismo como hostil al paganismo nazi. En la "isla municipal" de Viena, con sus barrios, cooperativas, centros culturales, etcétera, "los socialistas casi habían logrado construir un mundo propio dentro de la Austria capitalista. Una vez afiliado al partido, ya no había nada que obligase a tener contacto con el mundo burgués fuera de las horas de trabajo". Terceros en importancia, los pangermanistas colaboraban con el gobierno... y aún lo dirigían.

Unos y otros tenían sus formaciones paramilitares, llegando a producirse dos breves guerras civiles: en 1927 y en 1934. Empate prudente en la primera para los socialistas, sorprendidos ante una Policía muy cambiada respecto de la popular que al caer la monarquía habían organizado... pero, en la segunda, al año de ser Hitler canciller alemán, fue terrible la derrota causada por el "cañón de febrero". Peor, si cabe para el gobierno: "un suicidio. Los nazis, en tono triunfalista, se burlaron del brutal Dollfuss, que había disparado contra los obreros". En julio lo asesinaron al fallar su golpe por tomar el poder y anexionar Austria –la patria de Hitler– al "hogar de la raza". Mussolini, que

pretendía imperar en el Danubio, defendió al pequeño vecino, temeroso de tener contiguo al mayor. La guerra de Etiopía y la intervención en la de España, debilitó luego a Italia.

Disuelto, perseguido el Partido Socialdemócrata, sobrevivía el movimiento obrero clandestino y, cuando en marzo de 1938, impuso Hitler al canciller Schuschnigg la liberación de los presos nazis, éste liberó también a socialistas y comunistas; amén de anunciar para el 13, un plebiscito por una "Austria libre y germánica, independiente y social, cristiana y unida". Los socialistas vieneses anunciaron el 10 su apoyo... era tarde: el 12, Hitler ocupaba Austria.

De Alemania, Freud decía: "una nación que ha producido a Goethe no podría echarse a perder". Como "liberal de la vieja escuela" no simpatizaba ni con la derecha fascista ni con la izquierda comunista. Su hermano Alexander, más conservador, odiaba a los socialistas, y Sigmund solía escucharlo con una sonrisa comprensiva. Los Freud permanecieron neutrales en 1927... pero en febrero del 34, "todas nuestras simpatías –afirmó Martin Freud– iban para el Canciller Dollfuss y su segundo Schuschnigg".

En Moisés y la religión monoteísta (1938) advertiría que, si: "los 'experimentos' de Rusia e Italia podían dar algún resultado positivo; vemos en el caso del pueblo alemán que una recaída en el barbarismo casi prehistórico puede ocurrir también sin que vaya unida a idea positiva alguna".

Su hija y asistente, Ana, fue arrestada temporalmente y sometida al régimen de presentación diaria. El embajador de Estados Unidos en Francia, William C. Bullit, ex paciente y colaborador de Freud, el cónsul en Viena, y acaso el embajador alemán en París, hicieron sus gestiones. Acudió la discípula María Bonaparte (biznieta de Luciano, el hermano díscolo de Napoleón), y en junio de 1938 pudo sacarlos de Viena, mediante el aporte de 5000 dólares que Sigmund le devolvió al llegar a Londres; allí falleció en setiembre de 1939. Sus hermanas, que no pudieron salir a tiempo, perecieron en el campo de Treblinka.

Bibliografía

Diccionario enciclopédico hispano americano [...]. Madrid- Bs. Aires, etc., W. M. Jackson [s.f.]

Roazen, Paul: Freud y sus discípulos. Madrid, Alianza, (c1978).

Stone, Norman: La Europa transformada, 1878-1919. Madrid, Siglo XXI, (c1985).

Sturmthal, Adolf: La tragedia del movimiento obrero. México, FCE, (c1945).

Wiskemann, Elizabeth: La Europa de los dictadores, 1919-1945. Madrid, Siglo XXI, (c1978).

Zweig; Stefan: El mundo de ayer; autobiografía. 6. ed. Buenos Aires, Claridad, (c1942).

La literatura I

Prof. Virginia González Gass
Departamento de Castellano y Literatura
CNBA

El tiempo de Freud fue un tiempo de transición y de crisis y él, uno de sus protagonistas. Su obra genial surgió como una elaboración crítica y erudita de una cultura desde su interior y a través de los profundos estratos de la mente de un hombre de su tiempo.

La población austriaca, de acuerdo con el censo de 1880, era de 23. 905.808 habitante de los cuales unos ocho millones eran alemanes, cinco moravos, tres polacos, dos millones seiscientos mil rutenos, unos quinientos mil eslovenos, seiscientos mil italianos y unos diez mil magiares. La lengua oficial era el alemán. En cuanto a la religión, había unos veinte millones de católicos adictos al imperio austro-húngaro y a la unidad del mismo, dos millones cuatrocientos ortodoxos, unos cuatrocientos mil protestantes y un millón de judíos...¿Qué conclusión podemos sacar de estos guarismos? En Viena, capital de este gran y multiétnico Imperio, la población era de tres mil ochocientos cincuenta y siete almas, en la época en que Freud vacilaba entre "desollar animales o torturar seres humanos"^[1]. Esta zona, plagada de desencuentros, en la que convivía tal diversidad de gentes y religiones y que se caracterizaba por ser un ámbito en el que se desarrollaban múltiples ideologías e intencionalidades era una verdadera usina cultural.

Habitaban en ella personalidades tales como el propio Freud, los compositores Gustav Mahler y Arnold Schönberg así como los artistas plásticos Oskar Kokoschka y Gustav Klimt. Hasta el propio Hitler pugnaba en 1907 por ingresar a la escuela de artes.

En 1884 se organiza la social democracia austriaca cuyo líder era un viejo conocido de Freud, Víctor Adler. Cinco años después se conforma el partido Pangermánico, cuya cabeza fue Schömerer. En 1889, el emperador austro-húngaro Francisco José acentuó las leyes represivas a causa de los atentados de los sectores anarquistas (en 1898, Lucheni mata a la emperatriz de una puñalada). Consideraba, sin embargo, que era necesario regenerar el imperio por medio de una política cultural activa y con ese fin organizó una verdadera concentración del poder artístico y cultural con epicentro en Viena, nombrando a Gustav Mahler director de la Ópera de Viena y al autor Max Bückhardt en el teatro de la corte.

Estos pensadores reformularon las propias tradiciones en diversas áreas y fundaron escuelas de pensamiento en varias de ellas, como la Psicología, la Historia del Arte y la Música, en un intervalo de tiempo muy corto. Al mismo tiempo, la sociedad vienesa pasó por una rápida e intensa transición política, caracterizada por el asenso y caída del liberalismo burgués. Siempre en 1889 aparece el primer número de la revista *Fackel* (*La Antorcha*), dirigida por el escritor satírico Kart Kraus^[2], quien junto al poeta Georg Trakl y el músico Arnold Schoenberg, se rebelan contra la política cultural de Francisco José. Paralelamente a estos hechos se da el triunfo del partido social cristiano de Lueguer, de corte netamente antisemita y, durante estas elecciones, se producen verdaderos progroms antijudíos.

En esta suerte de Babel, surgen pensadores de gran envergadura, tales como **Berta Von Suttner** quien nos legó la primera novela de tintes pacifistas, *¡Abajo las armas!*, por la que conseguiría el premio Nóbel de la Paz en 1905. La mujer, hasta ese entonces, era considerada una simple observadora y padecedora de los acontecimientos bélicos, Berta Von Suttner realizó la primera denuncia literaria del dolor, de la maldad y de la crueldad de la guerra, del padecimiento de los soldados y de los heridos, de la pesadilla del campo de batalla y del miedo que enloquece. Irrumpe también, el realismo fantástico de **Josef Popper**, amigo de Freud y que incitó a muchos espíritus a reflexionar sobre la miseria. En su libro *Fantasías de un realista*, una de las narraciones se titulaba "Soñar como estando despierto". Allí Popper describía a un hombre, que podía alabarse de no haber soñado nunca nada insensato. Sus sueños podían ser fantásticos, como en los cuentos de hadas; pero no se hallaban en contradicción con la vida despierta, de manera que se pudiera decir que fueran imposibles o absurdos en sí mismos. Popper da las razones de tal ausencia haciéndole decir a su personaje: *En mis pensamientos, como en mis sentimientos, reinan el orden y la armonía; además, aquellos nunca luchan entre sí... Yo soy uno, indiviso; los otros están divididos, y sus dos partes -soñar y estar despierto- se hallan en guerra casi permanentemente.*

Este autor da también, a través de su protagonista, la interpretación de los sueños: *No es por cierto cosa fácil; pero el propio soñante con un poco de atención, casi siempre debería poder hacerlo. ¿Por qué, en general, no se tiene éxito en la interpretación? Pues porque en vosotros los sueños parecen contener siempre algo escondido, algo pecaminoso en una forma muy peculiar; cierta cualidad secreta de vuestra naturaleza que sería difícil expresar. He aquí por qué vuestros sueños parecen tan a menudo carentes de significado o absurdos. Pero en el más profundo sentido no es posible que sea así, pues el hombre es siempre el mismo, ya esté despierto o soñando.*

Freud se da cuenta de que, dejando aparte la terminología usada, está diciendo lo mismo que su teoría: la deformación sería la contradicción entre el pensar y el sentir, y donde no hay conflicto la represión se hace innecesaria. Ese hombre que soñaba dormido de la misma manera en que pensaba despierto encarnaba para Popper la condición de armonía interna que, en su condición de reformador social, anhelaba establecer en el seno de la sociedad humana. A Freud, le atrajo este personaje, puesto que él también había sufrido dolorosamente la amargura de la existencia judía y la oquedad de los ideales de la época. Nunca llegaron a conocerse, sabían de sí a través de relaciones comunes y en una ocasión Freud le respondió a una carta.

No debemos dejar de lado a **Antón Pezold** y sus esfuerzos por crear una poesía obrera o al propio **Musil. Robert Musil**, autor de la novela más larga, más de mil seiscientas páginas: *El hombre sin atributos* y de *Las tribulaciones del estudiante Tröles*, con un tema muy representativo de esta época, el de la opresión de los jóvenes por parte de la sociedad: los padres, la escuela y la iglesia,

ofreciendo una imagen de las clases dirigentes de Austria - Hungría, de una sociedad hipercivilizada pero vacía que termina irremediablemente e históricamente el ciclo de su actuación.

Si bien no pertenece a este círculo de Viena, es necesario hacer referencia a otro autor que no obstante es uno de los más representativos de la época. Me refiero a **Franz Kafka** (1883-1924) cuyas obras fueron publicadas póstumamente por el novelista Max Brod (1884-1970).

En el medio de estas marchas y contramarchas y de los conflictos sociales reflejados en ellas, Freud se mantiene al margen de estas luchas, sin hacer en sus cartas referencias a los conflictos políticos que se suscitaban en este período. En 1902, cuando es nombrado catedrático de la Universidad de Viena, le escribe con ironía a su amigo Whilhem Fliess: *Están llegando sin parar felicitaciones y ramos de flores, como si Su Majestad hubiera descubierto de pronto la función de la sexualidad, la importancia de los sueños hubiese sido confirmada por el Consejo de Ministros y la necesidad de tratar la histeria por medio de la terapia psicoanalítica aprobada en el Parlamento por las dos terceras partes.*

Hasta que la realidad irrumpe irremediablemente y, en medio de la primera Guerra mundial, con sus hijos reclutados para el frente ruso, se pregunta^[3]: *cuando podremos volver a reunirnos todos nosotros, componentes de una comunidad apolítica y si el día que tal suceda resultará que la política nos ha corrompido. No puedo ser optimista mas difiero de los pesimistas en que las cosas malvadas, estúpidas e insensatas no me irritan, porque las he aceptado desde el primer momento como muestra de lo que podemos esperar del mundo.*

Desde la perspectiva literaria, Freud nos legó un método de análisis que, como el mismo lo dice en una de sus cartas, no es el único sino que puede concertar con otros esfuerzos desde distintas perspectivas: desde el autor, en la obra literaria como testigo de "otra escena" que hay que descubrir; como proceso lingüístico de productividad: el trabajo del texto o, desde el mismo lector como consumidor, el aspecto psicoanalítico del placer del texto.

Me gustaría concluir, leyéndoles un fragmento de otro autor vienés de este convulsionado fin de siglo, Meter Altemberg (1859- 1919), quien, en sus *Cavilaciones de un revolucionario*, afirma: *Los debilitamientos trágicos: comer cuando no se tiene hambre. Beber cuando no se tiene sed. Moverse cuando se necesita descanso. Copular cuando se carece de amor. ¡Sabiamente nos conduce la naturaleza! Cuando tenemos hambre al pan Cuando tenemos sed al agua. Cuando estamos cansados al sueño. Cuando estamos llenos de amor a la mujer. No tomarse la propia vida más en serio que una pieza de Shakespeare. ¡Pero tampoco menos! Dejar que la vida se apodere de uno como en el teatro. El teatro de la vida. ¡Ser el espectador ideal de uno mismo! ¡Estar del todo concentrado y sin embargo, saber salir luego de los embrollos e intrigas al aire fresco de la noche! ¡Haber vivido lo que no se ha vivido y no haber vivido lo que se ha vivido! ¡Así te purificas a ti mismo! Y **tus propias tragedias te proporcionan la sonrisa de laSabiduría***

Psicoanálisis y Economía Política

Prof. Osvaldo Kornbliht
Departamento de Derecho y Ciencias Sociales
CNBA

La iniciativa de la realización de esta jornada interdisciplinaria sobre la "Viena de Freud" ha sido una feliz idea que nos permite a docentes de distintas asignaturas exponer ideas que se entrelazan en la cosmovisión de una época, así, profesores y alumnos rechazamos los compartimentos estancos y enriquecemos nuestro saber. Comencemos, entonces, por el agradecimiento a quienes originaron esta actividad.

Precisamente, en relación a lo antedicho, vale la pena recordar las palabras finales de Sigmund Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo*, publicada en 1921: "Originariamente (el psicoanálisis) no constituía sino el nombre de un método terapéutico especial pero ahora ha llegado a convertirse en el nombre de una ciencia, en la ciencia de lo psíquico inconsciente. Esta ciencia no es, generalmente, apta para resolver por sí sola un problema, pero parece llamada a ofrecer a las más diversas disciplinas científicas, importantísimas aportaciones. El campo de aplicación del psicoanálisis es tan amplio como la psicología, al que agrega un complemento de importantísimo alcance".

En el mismo texto, Freud se refiere a la vinculación de la psicología con la economía y la política. Esto es hoy evidente. Conviene recordar que uno de los últimos premios Nobel de Economía fue otorgado por los aportes de un economista a los contenidos psicológicos de la ciencia que aborda las formas y relaciones de producción de una sociedad en función de la satisfacción de las necesidades humanas.

La Viena de fines del Siglo XIX y comienzos del XX está inmersa en una sociedad contradictoria, por un lado signos de desintegración y por el otro de consolidación del capitalismo. Luego de las derrotas de las luchas obreras y campesinas de 1848 y la Comuna de París de 1871, hacia 1895, Viena (Europa toda y el imperio austrohúngaro no son ajenos a estos fenómenos) es absorbida por la marejada socialcristiana. En 1897, Lueger se entroniza como alcalde de la ciudad, y este hecho representa el triunfo de concepciones "socialistas comunales", clericales y antisemitas que constituirán uno de los embriones del "nacional socialismo" que más tarde cristalizará en la barbarie hitlerista. De la crisis emergerá el nazismo.

Entre 1899-1914 en los países capitalistas desarrollados, la escenografía de la "belle époque", la fastuosidad, el alocado derroche de dinero caracterizan el comportamiento de las clases altas y no pueden obviar la profundización de la crisis. Se producen grandes movilizaciones populares, las luchas obreras por las 8 horas de trabajo y mejores condiciones laborales para los proletarios, se celebra por primera vez a nivel mundial el 1 de Mayo como el Día del Trabajador.

En ese marco Sigmund Freud lleva a cabo sus indagaciones, que coinciden con la crisis del racionalismo y el auge de las teorías irracionistas que caracterizaron las primeras décadas del siglo XX.

Resulta interesante comprobar cómo los embates de los ideólogos que expresan el pensamiento de las clases dirigentes coincidieron en los objetivos: Sigmund Freud como un revolucionario del pensamiento psicológico por un lado y los economistas críticos de las ideas fundantes del liberalismo económico por el otro.

Las teorías psicoanalíticas de Freud produjeron furiosas reacciones. Vulgarizando el lenguaje psicoanalítico se lanzaron anatemas por parte de atemorizados representantes teológicos, que veían en las ideas freudianas una amenaza para la "moral" y el destino de la infancia en particular (sobre todo por el papel que Freud le asignaba a la sexualidad). Se horrorizaban ante la desestructuración de las "verdades naturales", divinas, que emanaban de obras como: *Interpretación de los Sueños*, *El Malestar en la Cultura*, o *Psicología de la Vida Erótica*. Los críticos acérrimos de Freud sentían como si se les amputara la "mano invisible" que habían inventado los economistas fundadores de la escuela liberal, como si los pensadores del socialismo utópico o el denominado científico, salieran de sus tumbas a plantear que el "orden natural" no existía. Se caían tótems y tabúes.

En esa época de maduración de los elementos que darían lugar a la gran crisis del capitalismo, la primera gran guerra mundial y la depresión de los años 30, a los economistas que realizaban un

análisis desde una perspectiva cuestionadora, se los desterró, como a Marx, al limbo de los chiflados y agitadores. A los de la escuela histórica, dominante en las ciencias económicas en Alemania, se les exigió que se reclasificaran, por ejemplo, como historiadores económicos o sociólogos, dejando la teoría real a los análisis de los equilibrios neoclásicos. Esto significaba que la temática de la dinámica histórica económica, del desarrollo, de las fluctuaciones y la crisis económica, quedara fuera del campo de la nueva ortodoxia académica. De esta manera, la economía llegó a ser, en el periodo que hablamos la única ciencia social que no se vio perturbada por el comportamiento irracional.

Por último, permítaseme una fantasía: recorrer el túnel del tiempo y el espacio en ambos sentidos: de los fines y comienzos de los siglos XIX-XX y XX-XXI, de Buenos Aires a Viena. Pero no en soledad, sino caminando con Sigmund Freud y formulándole algunas preguntas. Por ejemplo: ¿su teoría psicoanalítica no constituyó en "su" Viena, una teoría por demás individualista, sobre todo en relación con las grandes movilizaciones y tragedias sociales de esos momentos? ¿Contempló la realidad que lo circundaba? No para disculparme aclararía que son preguntas de un profano economista lleno de culpas por desconocerlo todo en relación con el psicoanálisis.

Andando el Buenos Aires contemporáneo, le pediría sus reflexiones en torno a los fenómenos del consumo y el marketing, y quizás empezaría a comprender mejor cuestiones vinculadas a las pulsiones y sobre todo de las que tanto hablan autores especializados en el postmodernismo, pero que manifiestan cierto rechazo incomprensible al psicoanálisis.

Soy consciente (tal vez no tanto) que las fantasías son motivo de análisis en el sentido psicológico, pero estoy seguro de que puedo dejar éstas de lado y con el estudio y la ayuda de colegas de otras disciplinas, en jornadas como las de hoy, y con un intercambio más asiduo de inquietudes, obtener respuestas a mis interrogantes, que son más numerosos que los expuestos.

La época II

Prof. Gonzalo López Vázquez
Departamento de Historia
CNBA

Viena, al igual que Innsbruck y Salzburgo, fueron originariamente campamentos romanos surgidos para proteger el Imperio –por entonces República, ya que se remontan al siglo II a.C.– de la peligrosa vecindad de los bárbaros radicados más allá del Danubio. Evidentemente los lugares fueron sabiamente elegidos; aparte de la belleza natural, por allí pasarán, pocos siglos después, los hunos, y tras ellos, "todos los otros": desde el siglo IV al VIII, el territorio austríaco se convirtió en una avenida por la cual pasaron germanos, eslavos, asiáticos, múltiples naciones que despueblan la zona y poblarán -hasta hoy- la región balcánica y el centro de Europa.

De alguna manera, se reconstruyó el Imperio con Carlomagno, quien asignó nuevamente a Austria la función de escudo contra las últimas invasiones provenientes del Asia. Un siglo y medio después, el nuevo Sacro Imperio Romano Germánico, con Otón I, volvió a adjudicarle –ya en plena época feudal– la misma función de escudo, con el nombre de Osterreich, adjudicando su señorío a la familia Babenberg, nobles de Baviera; el duque Leopoldo de Babenberg revivirá a Viena, utilizando para ello parte del rescate que cobra para liberar a Ricardo Corazón de León, hecho prisionero a su regreso de la 3.^a Cruzada. Agotada la descendencia de esta familia, y luego de violentas disputas, se hace del poder de Austria la familia Habsburgo (siglo XIII), destinada a gobernar el Ducado primero, el Imperio luego, y casi el mundo con Carlos V. Precisamente con éste, Austria se tiene que convertir otra vez en escudo, pero ahora de Europa. Ya que los turcos, desde Constantinopla, pretenden tomar Viena, para acabar en definitiva con el Occidente; el ejército de Solimán el Magnífico debe retirarse ante las tropas de Carlos V en el siglo XVI, y el de Mustafá, en 1683, es vencido en las puertas de Viena por las tropas del emperador Leopoldo, "salvando la civilización occidental y cristiana. De inmediato Viena, en cuyas puertas los turcos han abandonado una bolsa de café, iniciarán junto con el Barroco y un desarrollo cultural notable, a cultivar la tradición de los cafés, que se convertirá en un culto identificador de esa ciudad.

Pero entonces, Austria y Viena especialmente, dejan de ser el escudo, para convertirse en el centro de la vida política en época de los ilustres déspotas María Teresa y su hijo José II. Es la época de Mozart, y también de la Revolución Francesa y de Napoleón, y del fin del Imperio Sacro y el nacimiento del Imperio Austríaco, que resiste y, finalmente, con sus aliados vencerá al otro imperio, el de Napoleón. Viena se convierte en la sede del Congreso que rearma Europa según nuevos criterios; sí a los "dueños" legales, en la medida que no obstaculicen el "equilibrio de poderes"; y ni un rescicio para los sentimientos nacionales ni para las aspiraciones liberales-burguesas de dividir los poderes (constitucionalismo); Metternich, el Canciller Austríaco, es una de las almas conservadoras y antiliberales de ese Congreso. Austria queda convertida en un gran Imperio que incluye a eslovenos, checos, polacos, rutenos, italianos, alemanes, húngaros, rumanos, croatas y serbios. En las décadas siguientes, se sumó a los descontentos, la clase burguesa insatisfecha por la falta de representatividad y la naciente clase obrera, con muchos reclamos por el grado de explotación a que era sometida por entonces. En marzo de 1848, como eco de la nueva Revolución francesa, una revuelta liberal en Viena acabó con el régimen centralista y conservador del canciller austríaco Klemens Metternich, y pronto se extendió por diversos territorios del Imperio que reivindicaban mayor autonomía política y parecían destinados a desmembrarlo. Sin embargo, el ejército sofocó las revueltas, pero el emperador Fernando I abdicó a favor de su sobrino Francisco José I, que ejercerá el poder hasta su fallecimiento en 1916.

No obstante su absolutismo, debió enfrentar graves complicaciones. Hacia 1859, perdido el respaldo de Rusia a causa de su neutralidad durante la guerra de Crimea (1853-1856), era derrotado en la península Itálica por el reino de Piamonte-Cerdeña, con la consiguiente pérdida de los territorios italianos ocupados desde 1815.

La situación financiera tampoco era buena, debido a la resistencia de la burguesía liberal alemana a proporcionar ayuda económica a un régimen absolutista y opuesto a la unificación alemana. En la década de 1860, el Emperador intentará diversos proyectos constitucionales tratando de atraer a los pueblos. En 1866 trató de alcanzar un acuerdo político con Hungría, que se vió jaqueado ese mismo año por una nueva derrota del Imperio Austríaco, esta vez en la Guerra Austro-prusiana; que fue

fin de la Confederación Germánica, y nacimiento del Imperio Alemán.

El Compromiso de 1867

La conmoción ocasionada por la derrota frente a Prusia dio origen al Compromiso de marzo de 1867 (en alemán, Ausgleich). El acuerdo creó una Monarquía Dual: al oeste se encontraba el Imperio Austríaco y al este el reino de Hungría. Austria incluía a eslovenos, checos, polacos, rutenos, italianos y alemanes; Hungría consiguió un alto grado de autonomía, con su propio Parlamento en Budapest, y mantenía el control sobre las minorías rumanas, croatas, serbias y eslovacas. También se estableció la lengua húngara (o magiar) como el idioma oficial del reino de Hungría.

Francisco José I controlaba la política exterior, y la Hacienda; además, tenía a sus órdenes los Ejércitos de ambas naciones.

Los ministros de Asuntos Exteriores de Francisco José I manejaron con bastante habilidad las distintas opciones posibles durante las décadas de 1870 y 1880; siempre en alianza con la Alemania gobernada por el canciller Otto von Bismarck consiguieron resistir los intentos rusos por ampliar sus territorios en los Balcanes: también lograron el apoyo de Gran Bretaña en el Congreso de Berlín (1878), en el que el Imperio Austro-Húngaro consiguió impedir la formación de un gran Estado serbio en su frontera meridional, encargándose de la administración de Bosnia-Herzegovina; era la época de la Paz Armada, y concretaron todos los pactos oficiales, secretos y contradictorios que les permitió mantener la paz y su integridad hasta último momento, en 1914, aunque finalmente la guerra y la desmembración fueron inevitables.

Cuando Austria experimentó un significativo crecimiento económico, se incrementaron los conflictos sociales, y los movimientos nacionalistas; surgieron los partidos políticos de masas y un antisemitismo virulento.

Desde la década de 1880, la vida política estuvo marcada por conflictos con las diversas nacionalidades, lo que se sumó a las tensiones de la Europa de preguerra.

La Viena de Freud

Bajo este largo reinado de Francisco José, nace, se educa y especializa, y llega a la primera madurez el doctor Sigmund Freud. Viena fue escenario de una extraordinaria renovación artística e intelectual. La ciudad fue objeto de grandes transformaciones. Especialmente bajo la administración del controvertido (políticamente) alcalde Karl Lueger, Viena se convirtió en una ciudad moderna y fue la digna capital del Imperio Austro-Húngaro. Ya en 1857, se demolieron sus viejas murallas en el corazón de Viena, y en su lugar se construyó un ancho bulevar, la Ringstrasse, una amplia avenida que circunvala la ciudad y en donde posteriormente se levantaron imponentes edificios, monumentos y parques. Entre los edificios importantes de la ciudad se destacan el Ayuntamiento (1883), el Teatro Nacional (1888), la Universidad (1883), el Parlamento (1883) y la Ópera Estatal (1869); también se revalorizó el Hofburg, antiguo palacio imperial, cuya parte más antigua fue construida en el siglo XIII. La catedral gótica de San Esteban, reconstruida en los siglos XIII-XV, está situada en el centro de la ciudad interior y tiene una torre de 113 m de altura desde donde puede verse toda Viena. Más allá de la Ringstrasse había una segunda muralla fortificada, el Gürtel ('Cinturón'), que también fue derribada debido a la necesidad de crear espacio para los distritos en expansión que fueron finalmente incorporados a la ciudad, diagramándose una estructura radial de calles que interconectó el centro vital de Viena con los nuevos distritos.

El canal del Danubio, que cruza la ciudad al sur de dicho río, se terminó de construir entre 1880 y 1890. El periodo de construcciones más extenso tuvo lugar entre 1870 y 1890 y fue también el periodo de más rápido aumento de la población. La ciudad creció, de 431.100 habitantes en 1851 a 2.239.000 en 1916; entre las minorías étnicas y religiosas presentes en la ciudad se destacaban 200.000 checos y 147.000 judíos. Entre éstos últimos debe contarse a la familia de Freud.

Los numerosos edificios monumentales de Viena reflejan su importancia política y cultural. Viena es famosa también por sus numerosos parques repletos de monumentos, como el Stadtpark, que cuenta con un castillo. El principal parque público de Viena, el Prater, está en una isla formada por el río Danubio y el canal. Schönbrunn. Otros palacios de estilo barroco y rococó con que cuenta la ciudad, residencias imperiales o de grandes dignatarios del Imperio son los de Liechtenstein y del Belvedere. Al oeste,

en las estribaciones de los Alpes, se encuentra el Bosque de Viena. Cerca también, está la trágica

Mayerling.

Porque mientras Viena se embellecía y su vida cultural llenaba de bullicio sus cafés y de orgullo a la nación, el viejo emperador, que vivía en Viena, el del viejo cuño, trabajaba activamente en su mesa, firmando y leyendo, leyendo y firmando de la mañana a la noche, esclavo de sus obligaciones, como si las tragedias que lo habían afectado no pudieran desviarlo de sus obligaciones; su hermano Maximiliano fue fusilado en México en una trágica aventura fuera de contexto; su hijo varón y heredero Rodolfo, se suicidó en Mayerling junto con su amada baronesa Vetsera, ante la imposición paterna para tener un casamiento "digno de su realeza"; su esposa, la famosa emperatriz Sissi de las novelas rosa, fue asesinada por un anarquista un año antes de fin de siglo; y finalmente su sobrino y nuevo heredero, Francisco Fernando, fue asesinado en 1914 junto con su esposa en Sarajevo, la capital de Bosnia, por Gavrilo Princip, un nacionalista serbio, integrante de la organización separatista "la mano negra". Con este hecho se terminaron las dilaciones, y un mes después se desataba la terrible Primera Guerra Mundial, en cuyo trascurso murió Francisco José luego de 68 años de reinado. Nunca había perdido la compostura, caracterizándose siempre como el mejor jinete del Imperio y el hombre más elegante de Europa. Aferrado al pasado, no supo prever las tormentas que acabarían con su ya anacrónico Imperio.

Al fin de la guerra, Austria fue reducida a sí misma, y convertida en República. La 'Viena Roja' fue el baluarte del partido socialdemócrata austríaco y escenario de violentos enfrentamientos entre grupos socialistas y derechistas. Mantuvo su presencia cultural con la aparición del Círculo de Viena; Freud seguía avanzando en su obra, y preocupado por el nuevo mundo en que le tocaba vivir, se carteaba con Einstein. Es que en Alemania, Hitler también avanzaba, pero en una dirección apocalíptica. Finalmente los nacionalsocialistas austríacos colocaron al cabo de este período a su patria a los pies de Hitler. Entonces dejó de ser la Viena de Freud, el que ya enfermo debió emigrar a Londres, mientras Austria se convertía por disposición de Hitler, nuevamente en la Marca Osterrich, con lo que el genocida pretendía revivir los tiempos de Otón I, con la diferencia de que en vez del peligro amarillo, ahora el escudo debía protegerlos del peligro rojo de la Rusia de Stalin.

De los perjuicios de la Segunda Guerra Mundial, Viena se ha recuperado, y aún se conservan muchos de los cafés que la hicieron famosa, entre ellos el Café Laudtmann, que frecuentaba el doctor Sigmund Freud, el que –sin perjuicio de la excelencia de los músicos, arquitectos y otros artistas e intelectuales vieneses– es por la trascendencia de su labor, el hijo más significativo que a nivel mundial dio esa antigua fundación romana.

La filosofía II

Prof. Patricia Mónica Lorenzen
Departamento de Filosofía y Psicología
CNBA

Suponiendo que la verdad sea una mujer – ¿cómo? ¿No está justificada la sospecha de que todos los filósofos, en la medida en que han sido dogmáticos, han entendido poco de mujeres?[4]

Nietzsche nos habla de otros filósofos. Ellos no han podido entender la verdad por ser dogmáticos. Salir de una posición dogmática le permitió mirar de otro modo a la verdad.

Qué sentido tiene el pensamiento de Nietzsche en La Viena de Freud?

Paul Ricoeur, de una manera magistral, los ha considerado junto con Marx, maestros de la sospecha.[5].

Si Descartes dudaba de lo sensible para concluir afirmando la autoevidencia del ego cogito, a partir de estos maestros dudamos de la conciencia misma, es decir, del sujeto. Ahora tanto el sujeto como sus supuestas representaciones verdaderas son dudosas, aluden a otra verdad escondida o disimulada en su literalidad. Entonces la estrategia es sospechar de esas verdades, porque hay un inconsciente, dirá Freud; hay una voluntad de poder, dirá Nietzsche; hay una clase social explotadora, dirá Marx. Es la hora de las interpretaciones y de la construcción de reglas para esas interpretaciones.

Nietzsche no escribe una obra de tipo sistemática, completa, universal. Escribe, según Deleuze, aforismos que no son ni verdaderos ni falsos: son certeros. Si dan el blanco completan la idea, nos dejan "rumiando", desgarran el pensamiento y deconstruyen los conceptos.

El filósofo presentará una noción clave para el desenmascaramiento del sujeto y para la legitimación de la ficción: el perspectivismo. Los filósofos se deberán guardar de creer en "la peligrosa y vieja patraña conceptual" según la cual es posible que exista un sujeto aislado, puro, ajeno a la voluntad, al dolor, al tiempo, deberán guardarse también de creer que existen unos conceptos con significado tales como 'razón pura', 'espiritualidad absoluta', 'conocimiento en sí'.

A partir de ahora no confiamos en la posibilidad de encontrar la verdad: "¿Qué es la verdad? Un ejército de metáforas, metonimias, antropomorfismos; en suma, un conjunto de relaciones humanas, que, ennoblecidas y adornadas por la retórica y la poética, a consecuencia de un largo uso fijado por un pueblo, nos parecen canónicas u obligatorias; las verdades son ilusiones de las cuales se ha olvidado que son metáforas, que paulatinamente pierden su utilidad y su fuerza, monedas que pierden el troquelado y ya no pueden ser consideradas más que como metal, no como tales monedas"[6].

No quedan certezas, donde antes hubo un sujeto cognoscente, verdad y objetividad ya no quedan más que dudas, sospechas, suposiciones, múltiples visiones. La fuerza monolítica de la modernidad tiembla mostrando una fragilidad inconmensurable frente a la rudeza de este pensador que vive invocando una gran salud para que le ayude a enfrentarse a toda la historia de la metafísica. Hombre enfermo físicamente durante toda su vida y enfermo mental (según muchos biógrafos) hacia fines de la misma, reclama la fuerza del tigre para desgarrar las ideas canónicas y profundizar significados, develar encubrimientos, llevar a cabo en pensamiento deconstructivo, desmitificador, hecho con la violencia del espíritu dionisiaco. Dionisos es el dios del sufrimiento. El sufrimiento, la muerte y la desaparición son siempre sólo el reverso del placer, de la resurrección y del retorno. Dionisos es la vida misma, la vida bifronte, vida de hondos dolores y de profundos placeres, la vida que construye y que destruye, la vida del mundo en el cual habitamos de una forma problemática, del mundo que nos cobija pero a la vez, nos deja a la intemperie.

Nietzsche se opone a toda la filosofía anterior porque ésta se encuentra guiada por prejuicios morales aun hasta allí donde parece solamente plantearse el problema del ser y el ente. ¿Qué suplantará a la metafísica? Los filósofos están desconcertados. En el capítulo llamado "De los prejuicios de los filósofos", esboza la siguiente idea: "Nunca antes se ha abierto un mundo más profundo de conocimiento a viajeros y aventureros temerarios: y al psicólogo..., le será lícito aspirar al menos a que la psicología vuelva a ser reconocida como señora de las ciencias para cuyo servicio y preparación existen todas las otras ciencias. Pues a partir de ahora vuelve a ser la psicología el camino que conduce a los problemas fundamentales"[7].

La literatura II

Sylvia Nogueira
Departamento de Castellano y Literatura
CNBA

La vinculación entre la Viena de 1900 y la literatura es un tema vastísimo, que aquí recortaremos revisando los estudios literarios que nuestros alumnos de quinto año vienen haciendo en el Colegio en Latín, Teoría Literaria, Literatura Española y Literatura Hispanoamericana, sin olvidar los de historia de la ciencia y los de historia política. El propósito de esta comunicación es recuperar esos estudios y promover entre los estudiantes nuevas lecturas críticas.

El tema es tan fecundo que, para hacer esta brevísima presentación, focalizamos dos tópicos: en primer lugar, la literatura antes y después de Freud y, en segundo lugar, el hecho de que en 1900 Rubén Darío, el líder del Modernismo en lengua castellana, estaba en París.

Vamos al primer punto: la literatura antes y después de Freud. Enunciarlo así implica aseverar, en primer término, que la literatura y las ciencias literarias en el siglo XX nunca lo ignoran. Explícita o implícitamente, fervorosamente o no, se siguen postulados de Freud o se los rechaza, pero no se los omite. Dicho esto, descompongamos este enunciado de "la literatura antes y después de Freud". Es

una propuesta de considerar primero la literatura que leyó Freud y después cómo la literatura leyó el discurso de Freud. Dicho en otros términos, pensemos en Freud-lector y Freud-leído.

La literatura que leyó Freud y las estrategias de lectura que él desplegó quedan plasmadas en textos como *La interpretación de los sueños*, donde elabora una retórica que aplica tanto a los sueños como a relatos verbales culturalmente reconocidos; de esa retórica, se han recortado principios como el de la condensación o el de la traducción de abstracciones a imágenes, principios que se utilizan a veces como herramientas para analizar las creaciones estéticas. Y aquí apelamos a Latín y a Teoría literaria. El principio de condensación onírica Freud lo ejemplifica no solo con descripciones de imágenes oníricas sino también con los centauros y otros seres fantásticos de la mitología griega y romana. Juan Groch, poeta argentino y psicólogo de profesión, dice que sin la literatura el psicoanálisis no habría existido. Concedámosle a estas palabras la autoridad de la profesión de Groch y el permiso de las hipérboles poéticas, que iluminan sobre la trascendencia de tantas cosas. Freud no lee literatura sosteniendo clasificaciones literarias, no mantiene los límites de las lenguas considerando, por ejemplo, la literatura inglesa, la alemana, la griega o la latina; no le impone a la literatura tampoco las restricciones de los géneros literarios o los movimientos artísticos de cada época. Lee desde sus hipótesis con una libertad que le permite vincular el Edipo, de Sófocles, con el Hamlet, de Shakespeare y con *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievsky. De Rusia a Grecia pasando por Inglaterra, de la tragedia a la novela, atravesando tantos siglos y culturas diferentes, Freud hace esas conexiones identificando en los textos literarios, como el mismo Freud dice, "algo que hiere en todo hombre una íntima esencia natural", es decir, Freud busca en la literatura que lee a un ser que es más universal que histórico. Los lectores contemporáneos tenemos que hacer esfuerzos para recuperar otras lecturas de aquellos clásicos de la literatura universal: tan potente es el lector Freud. Otras lecturas de Freud de textos literarios podemos disfrutarlas en trabajos como "Dostoievsky y el parricidio", o "Borrador de una carta a Thomas Mann" o en "Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica", texto de 1915 (aquí se puede estudiar cómo conecta Freud a Shakespeare con Ibsen y, desde el mismo título del trabajo, analizar la orientación, el sesgo, de esa conexión); vale la pena leer también conferencias suyas como "El poeta y los sueños diurnos", que dio en Viena en 1907, uno de los textos freudianos en los que la creación artística es aproximada a la actividad onírica.

Pasemos, ahora, para no extendernos más de la cuenta, a cómo leyeron el discurso de Freud las ciencias literarias y la literatura misma.

Empecemos por las ciencias literarias. Los escritos sobre literatura de Freud son tan atractivos que, como dice Juan Groch, más de un crítico literario envidia no escribir lecturas de tanto impacto para la cultura. Por ese atractivo, críticos y teóricos de la literatura se tentaron primero con analizar los textos literarios como si fueran el discurso de un paciente en una sesión y en consecuencia, el autor, el paciente y el crítico, el psicoanalista. El progreso de la crítica y la teoría literarias avanzó hacia el abandono de semejante tentación. Es que recuperaron la especificidad de cada discurso y reforzaron el reconocimiento de que el literario, como cualquier discurso, tiene reglas propias y específicas que impiden asimilarlo sin más a cualquier otro, como el que puede producir un paciente en una sesión, que también tiene sus propias reglas. El análisis del discurso viene desarrollándose sin abandonar a Freud, pero construyendo sus propias teorías y objetos de estudio; en los textos no buscamos hoy indicios para analizar como un psicoanalista a un autor de carne y hueso, un ser empírico que nace y muere y que se comunica con nosotros literariamente. Nuestros alumnos pueden vincular esta orientación teórica con la reiterada instrucción que los profesores de Literatura les damos para que no identifiquen autor con narrador o yo lírico. En los textos buscamos sujetos que se constituyen en los textos mismos, por medio del lenguaje, un lenguaje que no le pertenece a Uno, a ese autor, sino que cada individuo hereda con los ecos de los usos que Otros han hecho de cada palabra, de cada frase, de cada género discursivo. Aquí les resonará Mijail Bajtin, referente de nuestros estudios en tercer año o el concepto de intertextualidad, que retomamos una y otra vez en las literaturas. Para indagar cómo los estudios literarios progresan en este sentido sin desligarse de Freud, podemos pensar también en la lectura de la obra de Michel Pêcheux, un marxista francés. O releer con el mismo propósito a Harold Bloom, que en su libro *El canon occidental*, que también es referente teórico de nuestras materias, advierte provocativamente contra las interpretaciones reduccionistas: "El instinto de conservación de Freud le obligó a negar a Shakespeare, aunque nunca dejó de identificarse con Hamlet, no siempre conscientemente (...) Naturalmente, la identificación con

Hamlet no ha sido exclusiva de Freud; ha sido un fenómeno universal que trasciende a los varones blancos y muertos...".

Esta última observación nos permite avanzar hacia cómo la literatura misma, no las ciencias literarias, absorbió a Freud. En este tópico es necesario aclarar que si la literatura del siglo XX nunca ignora el discurso de Freud, tampoco ignora nunca las Guerras Mundiales ni el discurso del marxismo. El discurso de Freud se liga a las vanguardias literarias, tal vez como a ninguna, al surrealismo, que planifica estrategias de "escritura automática" para acceder al inconsciente, al instinto, pero ese acceso se crea para alejarnos de la razón humana que ha conducido a los pueblos a horrores como los de las Guerras Mundiales. El surrealismo produce manifiestos en los que, como muchos de los -ismos que designamos en general como "vanguardias", propugna el desafío a las reglas de la gramática, a las combinaciones canónicas del lenguaje, a las poéticas de la tradición literaria. Buscando así plasmar en la escritura literaria un mundo onírico e inconsciente, un "automatismo psíquico", sin embargo, André Bretón y sus seguidores se acercan al comunismo y llegan a presentar un manifiesto titulado "El surrealismo al servicio de la revolución".

Hasta aquí, venimos planteando un mundo europeo, textos literarios y no literarios de otras lenguas. Es momento de pasar al castellano y al último tópico que habíamos anunciado: en 1900, Rubén Darío está en París. Nuestro tema es la Viena de 1900 y el poeta modernista por excelencia está entonces en Francia. Podemos tomar este hecho como un símbolo. Viena nos queda más allá de donde llega el poeta que escribe en castellano, y en esto no se diferencian los hispanoparlantes de un lado y otro del Atlántico. Para españoles y latinoamericanos, Francia es el bastión de la latinidad, la frontera con el mundo austríaco y hasta allí llegan nuestros poetas, Francia es el filtro que nuestro arte le pone al discurso de Freud. Y Darío, el artista con cuyo registro literario vienen a acabar las vanguardias, vuelve de París para abandonar un modernismo preciosista y para ensalzar la latinidad frente al nuevo imperio que empieza a percibirse entonces, un imperio que, esta vez, tiene capital -capital en todos sus sentidos- en nuestro continente. Y la polémica se instaura entre los poetas que escriben en castellano. El español Rafael Alberti dice sobre sus experiencias literarias que más intentan acercarse al discurso de Freud y de las vanguardias: "Me empecé a aislar de todo (...) Huésped de las tinieblas, llegué a escribir a tientas, sin encender la luz, a cualquier hora de la noche, con un automatismo no buscado, un empuje espontáneo, tembloroso, febril, que hacía que los versos se taparan unos a otros". El tan español poeta Jorge Guillén señala la futilidad de tales intentos: "A la intuición acompaña la razón en la gran poesía. El brote irracional no constituye por sí solo el poema y muy pocas veces campa por sus respetos". De este lado del Atlántico, el peruano César Vallejo hace una trayectoria que va de un lado a otro de la polémica. Intentando matar al padre, como sería apropiado decir en este encuentro, se aleja del Modernismo, de Darío, del cisne de Darío con su "Avestruz" (poema de Los heraldos negros), pero ese animal mete la cabeza en el hoyo, se aísla de todo y de todos, como decía Alberti... César Vallejo profundiza primero un lenguaje que se aproxima a los postulados de las vanguardias más comprometidas con el discurso freudiano para, después, y otra vez desde París, plantear que ese tipo de escritura no se comunica con la mayoría. Entonces el poeta gira para escribir, más próximo al discurso de Marx (siguiendo la guía de la Asociación Rusa de Escritores Proletarios o RAPP), pero sin olvidar a Freud, versos como los siguientes:

Un hombre pasa con un pan al hombro
 ¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?
 Otro se sienta, ráscase, extrae un piojo de su axila, mávalo
 ¿Con qué valor hablar del psicoanálisis?
 Otro ha entrado en mi pecho con un palo en la mano
 ¿Hablar luego de Sócrates al médico?
 Un cojo pasa dando el brazo a un niño
 ¿Voy, después, a leer a André Breton?
 Otro tose de frío, tose, escupe sangre
 ¿Cabrán aludir jamás al Yo profundo?

La Música II

Prof. Inés Núñez
Departamento de Música
CNBA

¿Cómo era la vida musical clásica en la época de Freud? Ante todo, creo que viene bien recordarles a todos ustedes, exalumnos míos de 3º año, algo acerca de Viena alrededor de un siglo antes de la época que nos ocupa. Centro del que considero el período más brillante de la Historia de la Música Occidental, el Clasicismo Vienés, esta ciudad se dio el lujo de tener casi al mismo tiempo a Haydn, Mozart, Beethoven y Schubert. Cuánto hay de casualidad en ello y cuánto de mérito propio, sólo Dios lo sabe. Pero el público vienés no siempre fue fiel a sus glorias musicales: a Mozart y a Beethoven los dejó de lado en sus últimos años, que fueron justamente los de sus obras supremas, y a Schubert casi lo ignoró.

En la época de Freud, Viena seguía teniendo una gran vida musical y un público inconstante. Como cuento con poco tiempo, me centraré en un solo compositor, el que creo más significativo: Gustav Mahler. Nació en Moravia austríaca en 1860. Después de terminar su etapa de joven y bohemio estudiante del Conservatorio de Viena, siempre corto de fondos y ávido de música, emprendió la carrera de director de orquesta, que ya no abandonaría, al mismo tiempo que la de compositor. Después de dirigir en varias ciudades de provincias, fue nombrado director de la Ópera de Budapest, y luego, del Hofoper de Viena. En esos años de carrera ascendente, conoció a una bella e irresistible joven, Alma Schindler, con quien tiempo después se casó. Otros famosos artistas –pintores, arquitectos- también estuvieron sentimentalmente ligados a ella.

Diez años más tarde, las intrigas y odios que Mahler despertó le obligaron a renunciar al Hofoper. Tarde se percataron los vieneses de la magnitud de esa pérdida. Enseguida contratado por el Metropolitan de Nueva York para dirigir las representaciones operísticas y los conciertos de la Filarmónica.

Ya muy enfermo, volvió a Europa varias veces. En una de ellas, tuvo su encuentro con Freud. Mahler era hipersensible y neurótico, padecimientos que se intensificaron con la edad. Le aconsejaron tratarse con Freud, pero sólo tuvo una conversación con él, aunque de cuatro horas. Ambos quedaron mutuamente bien impresionados, pero pongo en duda el valor terapéutico que haya podido tener esta única sesión.

Mahler murió, también en Viena, en 1911. Junto a su agotadora carrera de director de orquesta, su vida de compositor fue sumamente fecunda.

En su música se traslucen las inquietudes de un hombre hipersensible y de un posromántico: veneración por la naturaleza y conciencia de crisis que, en su caso, puede relacionarse con el mundo del psicoanálisis. A la vez, se advierte la influencia de Wagner, uno de sus ídolos, y de sus raíces judías, aunque se convirtió al catolicismo.

Lo más importante de su producción son diez sinfonías (la última, inacabada), algunas de ellas con incorporación de voces; "lieder" y otras admirables obras como "La canción de la tierra", "Canciones para los niños muertos" y "El cuerno maravillosos de la juventud".

Escuchamos el tercer movimiento de su Cuarta Sinfonía. Para acercarse a él, mejor que explicaciones intelectuales, recomiendo una actitud simple, un dejarse llevar por la música y abandonarse al sonido puro.

El arte

Prof. Ana María Pigretti
Departamento de Historia del Arte
CNBA

En 1875 deciden derribar en Viena las fortificaciones medievales y los muros de la ciudad, y reemplazarlos por el Ring, el gran boulevard de la monarquía. Se construirán allí los edificios necesarios para la administración y la vida cultural de una ciudad de la segunda mitad del siglo XIX. Serán el Parlamento, el Ayuntamiento, la ópera, los teatros, los museos, como así también los palacios de renta para una burguesía ascendente y neoaristocrática. El Parlamento tendrá características neoclásicas, recordando así la democracia nacida en la antigua Grecia; el Ayuntamiento tendrá una yuxtaposición de elementos de las distintas etapas estilísticas del gótico, y los teatros tendrán reminiscencias de la arquitectura del Renacimiento y del Barroco. En este momento, el arquitecto Otto Wagner está haciendo sus primeras armas y será el arquitecto de la Viena Modernista con la construcción de la estación de subterráneo de la Karlplatz en 1894, la "Casa de mayólicas" de 1898 y la iglesia de Steinhof, de 1905 – 1907 en la que se destaca una suntuosa "Cúpula de oro" revestida con un bronce dorado que domina el conjunto.

Los artistas plásticos se encontraban reunidos en la Sociedad de Artistas Austríacos y en 1897 un grupo de ellos se separa y funda la Secession Vienesa. Gustav Klimt, el artista más destacado entre ellos, se convertirá en su primer presidente. Klimt llegará, en sus obras, a una síntesis de las dos tendencias fundamentales de su época: el Simbolismo y el Art Nouveau o Modernismo. El órgano divulgativo de la Secession será la revista *Ver Sacrum*, cuyo título está tomado de la antigua costumbre romana de bendecir a los varones jóvenes en época de peligro. En la revista se publicarán los trabajos artísticos y se divulgarán a su vez las demandas político-artísticas del grupo. Se proponían estimular el gusto artístico de Austria y unir a todos los artistas austríacos dentro y fuera del país. Inmediatamente después de la fundación de la Secession, se comenzaron los trabajos para la construcción de un edificio de exposiciones, que fue llevado a cabo por el arquitecto Joseph Olbrich, en 1898. Articulado según una simetría axial, parece constituido por una serie de bloques en forma de cubos macizos, que están coronados por una cúpula de hojas de laurel de bronce. En la parte superior al ingreso del edificio, está escrito en alemán "El arte en su tiempo y la libertad en su arte", sobre la puerta hay tres máscaras con una palabra debajo de cada una de ellas, en alemán, que dice "Pintura", "Arquitectura" y "Escultura", y finalmente en la pared del costado derecho del edificio aparecen las palabras "Ver Sacrum".

El edificio en su interior tenía puertas corredizas, lo que permitía adaptar el espacio a las necesidades de cada exposición. La dedicada a Beethoven en 1902 representa el momento culminante del grupo. Los veintinueve artistas que participaron pusieron sus trabajos al servicio de una idea general, el culto al artista. Para la ocasión, Max Klinger realizó una escultura de Beethoven, que se ubicó en la sala principal, pero el acceso de los visitantes se hacía a través de la nave lateral izquierda, donde Klimt pintó el famoso "Friso Beethoven". El tema central del friso aludía al movimiento final de la Novena Sinfonía del músico, que es la versión musical de la "Oda a la Alegría" de Schiller. El artista hacía referencia a la liberación de la "débil humanidad" a través del arte y el amor. En el catálogo de la muestra, Klimt explica lo siguiente: "El ansia de felicidad. Los sufrimientos de la débil humanidad. Los ruegos de la misma a la fortaleza, armada con la compasión exterior y la ambición interior como fuerzas motrices que la llevan a emprender la lucha en busca de la felicidad". En la pared longitudinal se representa el desenlace de la lucha que el artista describe así: "El ansia de felicidad es saciada en la poesía. Las artes nos conducen a un reino ideal donde sólo podemos encontrar alegría pura, felicidad pura y amor puro. El coro de los ángeles del paraíso. Alegría, inspiración divina. Ese beso para todo el mundo". En la pared transversal estaban representadas: "Las fuerzas enemigas. El gigante Tifón, contra el que hasta los mismos dioses lucharon en vano, sus hijas, las tres gorgonas: enfermedad, locura y muerte. Lujuria e inmoralidad, intemperancia y dolor profundo. Las ansias y deseos de los hombres se escapan por encima de ellas". El paso al grupo final lo constituyen una serie de figuras que parecen flotar libres sobre el fondo enlucido.

Un vistazo al friso muestra que la pintura no se basa por completo en el texto. El conflicto armado con las fuerzas enemigas no aparece. Es el héroe mismo y no la humanidad, quien aparece liberado. No se trata de un luchador, de un héroe activo sino de un ser que sufre. El verdadero tema no es el

combate sino una prueba individual de sufrimiento y resistencia. Klimt presenta una serie de secuencias donde el hombre, sujeto a una peregrinación de las virtudes tiene que probar su identidad, y no aporta la liberación sino que la busca.

Las "Fuerzas enemigas" a las que opone resistencia son, a excepción de Tifón que es poco amenazador, todas figuras femeninas. Las mujeres son horribles, repugnantes, agresivas y provocan una impresión amenazadora a través de su sexualidad. La desenfrenada naturaleza instintiva femenina es la auténtica fuerza enemiga.

Desde el punto de vista formal, la obra presenta estatismo y rigidez. La pareja aparece inmóvil, petrificada en su ornamento. La misma inmovilidad ornamental caracteriza al coro de ángeles. En la representación de la figura, Klimt se aparta de la pintura naturalista y hace uso de un estilo gráfico con tendencia a la bidimensionalidad.

Es importante destacar la presencia de otros dos pintores de los círculos vieneses: Egon Schiele, discípulo de Klimt, que falleció el mismo año que su maestro en 1918, y Oskar Kokoschka.

Imágenes presentadas durante la exposición:

Arquitectura:

Parlamento con Palas Atenea (1874 – 1884). T. P. Hansen.

Ayuntamiento. Rathaus (1872 – 1883). F. Schmidt.

Burg Theatre (1874 – 1888). Semper.

Metro Karlplatz (1894). Otto Wagner.

Casa de mayólica. (1898). Otto Wagner.

Iglesia de Steinhof (1905 – 1907). Otto Wagner.

Edificio de Exposiciones de la Sessecion (1897 – 1898). J. Olbrich.

Pintura. Gustav Klimt:

Friso Beethoven (1902). Varias diapositivas.

El antisemitismo

Dr. Arnoldo Siperman
Vicerrector Turno Tarde
Departamento de Derecho y Ciencias Sociales

La judeofobia tradicional europea era, hasta mediados del siglo XIX, una cuestión religiosa con fuertes ecos culturales, relacionada con el resentimiento frente a un pueblo desperdigado por toda la cristiandad europea, que se negaba tozudamente a aceptar la divinidad de Jesús. Aunque tuvo momentos de agresión muy intensa, como las masacres en Renania a fines del siglo XI o las de Ucrania a mediados del XVII, la tradición antijudía cristiana reconocía límites en su propio origen (Jesús fue judío) y en insoslayables necesidades de su aparato teológico (el imperativo de tratar de convertirlos).

Pero hacia esa época se produce un primer cambio, consistente en que la cuestión fue ubicada en clave biológica: el judío no debería ser percibido como un diferente religioso, susceptible de segregación, de expulsión, de confinamiento en guetos y también de conversión, sino como un ser biológicamente inferior. Sus caracteres, al estar condicionados por la naturaleza, serían inmodificables y debería ser considerado como potencial agente contaminante de la sangre de las razas superiores. Los grandes precursores de ese cambio de actitud fueron: el francés Arthur Joseph de Gobineau, que publicó en 1855 un ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas, con la pretensión de fundar científicamente las diferencias y jerarquías raciales, y el gran músico alemán Richard Wagner. El antijudaísmo pasa ahora a denominarse "antisemitismo" (una Liga Antisemita fue fundada en Alemania en 1879) para destacar su aspecto racial.

Un segundo cambio ocurre en el último tercio del siglo XIX cuando los antisemitas condujeron su elitismo racista al terreno político. Hacer eje en la cuestión racial equivalió a desplazar el debate del terreno de las controversias institucionales, de los enfrentamientos nacionales y, más que nada, de los conflictos sociales que dominaban el escenario europeo. Esa intrusión del racismo como actitud política sintonizaba con el retroceso de la afirmación de una cultura fuerte de la democracia, ocurrido en los años finales del siglo XIX. El antisemitismo se convierte en argumento populista y en plataforma electoral, obteniendo éxitos significativos. Su irrupción dio un nuevo tono a la política europea de fin de siglo y dejó una profunda marca en su historia posterior.

Este antisemitismo racial y político tuvo sus principales focos en tres grandes capitales. En Berlín se constituyó en capítulo importante de la política antibismarckiana, anudándose luego las diatribas antisemitas con las consignas de la izquierda contra el capitalismo y las finanzas, a los que se presentaba inseparables del espíritu judío. En París el punto culminante fue un proceso fraguado en un tribunal militar contra un oficial judío, Alfred Dreyfuss, primeramente condenado y finalmente rehabilitado, que dio lugar a fuertes debates públicos y a la famosa requisitoria de Émile Zola, Yo acuso, en la que denunció las arbitrariedades que se estaban cometiendo y la agresión racial que las inspiraba.

El tercer gran centro de difusión del antisemitismo racista y político fue Viena. Se convirtió allí en un factor de gran importancia porque esa ciudad era la capital de un vasto imperio plurinacional en el cual el judío era el único pueblo carente de localización territorial, estando sus comunidades diseminadas en su territorio. Las reformas liberales posteriores a 1848 les permitieron a muchos abandonar sus encierros en guetos y aldeas y migrar a las ciudades, donde se incorporaron a las diversas actividades urbanas. Asimilaron con facilidad la cultura de lengua alemana, de manera que en ciudades como Budapest, Praga, Zagreb, Cracovia o Lvov fueron percibidos por sus poblaciones de húngaros, checos, croatas, polacos y ucranios, respectivamente, como agentes culturales del germanismo imperial. Esa circunstancia generó resentimiento hacia ellos por parte de estos pueblos, que formaban parte del imperio habsburguiano pero tenían fuertes vocaciones separatistas y nacionalistas. Un ejemplo típico del judío portador de la cultura germana entre pueblos que se sentían sojuzgados por el Imperio es, ya en el siglo XX, el de Franz Kafka, quien, profundamente ligado a Praga, escribe toda su obra en alemán y no en checo, como la ubicación geográfica de esa ciudad hubiera podido indicarlo.

En Viena la migración de judíos pobres provenientes de las aldeas se superpone –sin mezclarse demasiado– con los judíos cultos que ya vivían en la ciudad. En ese contexto y en función de la

conversión del antijudaísmo tradicional en racismo, las luchas políticas derivan hacia una puja antisemita. En las elecciones municipales de 1895, participan un partido católico populista, el socialcristiano encabezado por Karl Lueger; otro pangermanista, de aires aristocratizantes, cuyo jefe era Georg Ritter von Schönerer; la socialdemocracia y los liberales. Las elecciones las ganó Lueger y esa victoria fue considerada como un éxito de su prédica antisemita. Como consecuencia y pese al desagrado del propio emperador Francisco José, quien trató de impedirlo, Lueger se instaló como alcalde de la ciudad.

La falacia del biologismo oportunista queda al descubierto cuando se la examina sobre el trasfondo del caudillismo autoritario, como lo demuestra la sentencia de Lueger: "Judío es quien yo digo que es judío". Este personaje, un demagogo ambiguo y de pocos principios, era un antisemita entusiasta. Hitler, que vivió en Viena en tiempos de su gestión como alcalde, lo reconoció como uno de sus grandes maestros, junto con Houston Stewart Chamberlain (autor de un panfleto arianista y antisemita, *Fundamentos del siglo XIX*, 1899); aunque a ninguno puso el dictador nazi en un plano tan eximio como a Richard Wagner.

Un tema muy vinculado al del antisemitismo es el de la mujer. Ya Gobineau había considerado que la superioridad racial se asociaba al predominio de caracteres que se consideraban propios de la masculinidad. Sostenía que la raza superior los ostenta, que los arios son fuertes, valerosos y racionales y que el espacio de su realización plena es el de la actividad guerrera. La mujer es esencialmente débil, pasional, pérfida y, para colmo, contaminante, rasgos que son los que prevalecen en las razas inferiores. Quien mejor logró expresar este paralelismo entre el factor femenino y la judeidad, fue el escritor vienés Otto Weininger –muerto por su propia mano en 1903– autor de un libro que tuvo gran difusión, *Sexo y Carácter*.

Este ambiente de antisemitismo intenso, biologista, político y populachero, paradigma de una idea de la condición humana fundada en la victimización del diferente, del débil, del indefenso, del que se encuentra en una situación de la cual no le es dado apartarse, acompaña al proceso de decadencia y desintegración del imperio austrohúngaro que culmina con su derrota bélica en 1918.

El antisemitismo y su asociación con la depreciación de lo femenino expresan la profunda crisis de identidad que se vivía en la capital de un imperio plurinacional que marchaba hacia su disolución. Ese racismo constituyó un elemento de vital importancia en el ambiente intelectual y en el estado de ánimo popular de Viena desde la última década del siglo XIX y, por lo menos, hasta la terminación de la Primera Guerra Mundial, tiempos que corresponden a un período muy importante en la producción de Sigmund Freud.

[1] Carta a Wilhelm Knopenbacer del 6-8-1878.

[2] En 1906, Freud se dirige a él para defenderse de imputaciones hechas hacia su persona.

[3] Carta a Lou Andreass-Salomé, escritora alemana amiga de Nietzsche y de Rainier María Rilke

[4] Nietzsche, F., *Más allá del bien y del mal*, Alianza, Madrid, 1983.

[5] Ricoeur, Paul, *Freud, una interpretación de la cultura*, México, Siglo XXI, 1973.

[6] Nietzsche F., *La verdad y la mentira en sentido extra moral*, en www.nietzscheana.com.ar

[7] Nietzsche, F., *Más allá del bien y del mal*, Alianza, Madrid, 1983.-